

XIII.

Cómo Esther estuvo á punto de salvar á una mujer.

Esther amó siempre la comedia en acción. He aquí otra que representó, sin figurarse que jugaba con fuego. Había jurado á M. de La Marche que durante su ausencia tendría su puerta cerrada á todo el mundo; estaba loca por él; no quería sustraerse ni un instante á aquellas rosadas nubes.

«Más que nunca (le escribía en su primera carta), me dedico tan sólo al arte; he vuelto á ser la impecable Esther; los hombres son para mí tan solo espectadores; si trataran de decirme algunas frases galantes, ladraría como el perro que tú me has dado.»

Pero ocurrió lo siguiente: M. de Ravigny, nombrado ministro en América, acababa de partir para su destino, sin su mujer, que le había seguido á Roma cuando era secretario de

embajada. ¿Por qué la esposa de M. de Ravigny no cruzaba el Océano? ¡Misterio! Se decía: «tiene miedo al mar»; también se murmuraba: «el Ministro volverá pronto, pero volverá demasiado tarde.» Esther creía muy noble acción defenderle: siempre conservaba en su corazón un recuerdo demasiado vivo de su primer enamorado. M. de La Marche se había apoderado de su corazón y de su vida; pero, para desgracia de los ausentes, la mujer no se mantiene siempre de ilusiones. Lejos de M. de La Marche, su recuerdo se oscureció algún tanto, mientras que M. de Ravigny apareció bajo las brumas del olvido. No se podía explicar aquel marido en el nuevo mundo y aquella mujer en el antiguo.

—Yo (dijo ella), no le hubiera dejado partir solo si hubiera sido marquesa de Ravigny.

Para recordarle otros días de feliz recuerdo, le escribía el diplomático lo siguiente:

«Quizás se habrá V. figurado, mi querida amiga, que nadie se acuerda de V. en el fin del mundo; pero hasta en el fin del mundo es V. célebre. Figúrese V. que ayer algunos comediantes que han venido á Boston, han tenido la poca vergüenza de hacer los papeles de V. Ahora bien: como aquí hay muchas personas de buen gusto, que se pusieron á gritar: «¡Es-

ther! ¡Esther! ¡Esther!», los pobres diablos no pudieron continuar. Refiero á V. esto como una advertencia. Si algún día viene V. á América, no serán manzanas cocidas, sino dollars, los que lloverán sobre V.; regresará V. á Francia con una fortuna, después de haber entusiasmado á la América del Norte y á la del Sur, si llega V. hasta allí. Esta carta no tiene más objeto que decir á V. lo anterior; me equivoco; quería decir á V. también que su recuerdo es mi verdadero compañero de viaje. Cuando éste huye, le evoco de nuevo, escribiendo una comedia en la cual se ría, pero al mismo tiempo se llora. Título: LAS EQUIVOCACIONES DEL CORAZÓN. Su moraleja la siguiente: *Nunca sabe uno en dónde se oculta la felicidad, y he ahí la razón por la que pasa uno por su lado sin siquiera sospecharlo.»*

—Bueno (dijo Esther): éste no se anda con rodeos para volver hacia mí. Bien sabía yo que recompensaría al cabo mis lágrimas.

Puso uno enfrente de otro el recuerdo de M. de Ravigny y el de M. de La Marche. Sintió que si el primero la seducía con la poesía de la juventud, el segundo la encadenaba por el atractivo y la fuerza de la pasión.

—Es igual (murmuró al fin); ya veremos.

Y volvió á leer la carta, murmurando: «He

aquí, pues, la fragilidad de ese sacramento que se llama el matrimonio. Al cabo de dos años, sólo se desea romper los lazos que le sujetan á uno, á menos de ser padre de familia. De buena gana conocería el estado del alma de la señora de Ravigny.»

Esto le fué bien fácil á Esther. Aquella misma noche, aunque la puerta de su cuarto estaba casi cerrada para todo el mundo, recibió á algunos amigos después de la representación. Con gran arte, con indiferencia, y como incidentalmente, hizo recaer la conversación sobre M. de Ravigny.

—Uno de mis primeros adoradores,—dijo ella.

Y después añadió con dignidad:

—¡Y siempre bien favorecido en todo por la fortuna!

Le respondieron que M. de Ravigny estaba muy lejos, y que, en su ausencia, se consolaba su esposa dirigiendo el cotillón en los salones de las Duquesas.

—Le agrada mucho más dirigir el cotillón que dirigirse á sí misma,—se atrevió á decir uno de los *dandys* allí presentes.

Con motivo de estas palabras, hizo Esther una viva defensa de la Marquesa.

—No hablemos tan ligeramente de esa joven. ¿Es culpa suya ser bonita? Tan buena opinión

tienen Vds. formada de Vds. mismos, que, al escucharlos, cualquiera se creería que todas las mujeres del gran mundo estaban comprometidas.

El que anteriormente había hablado respondió:

—Pida V. á mi vecino noticias suyas, puesto que ha *cotillonado* con ella.

—¡Cotillonado! ¡cotillonado! (dijo el aludido); no acepto esa palabra; solamente he dirigido el cotillón con la marquesa de Ravigny.

Esther fijó una penetrante mirada en el que acababa de hablar.

—¡Ah! no me había V. contado eso; me había V. hecho creer que solamente le agradaba el teatro.

Aquel á quien dirigía estas palabras era también un diplomático, que llevaba un nombre célebre durante el primer imperio. Se decía también, sin ofender por esto á su madre, que era hijo de Napoleón I. César no se ofendía por ser hijo de Venus, ni el conde Napoleowski, y le damos ese nombre por no designarle por el suyo, tampoco se resentía por serlo del Emperador.

No poseía quizás el genio de aquel; pero su rostro era tan idéntico como si la misma Leticia le hubiera dado el ser. Estaba muy de moda en el teatro y en todas partes; pero donde

más sobresalía era en la corte y en los placeres.

Como M. de Ravigny, había hecho también sus ensayos de escritor dramático, y naturalmente se había hecho presentar á Esther, que se fijó bastante en él, menos por su nombre que por su figura; pero, gracias al recuerdo de M. de La Marche, acogió, riéndose, sus incendiarias declaraciones.

Aquella noche cambió de opinión, invitándole para almorzar al siguiente día.

—Almorzaremos mal (le dijo); pero charlaremos bien.

—Si se dignara V. venir á mi casa, almorzaríamos bien y charlaríamos mejor.

Esther le contestó con un verso de una comedia:

Vuestra casa, señor, no está en mi camino.

El Conde se resignó á almorzar mal, lo cual sucedía siempre en casa de Esther, en donde las cocineras no se enriquecían con la sisa, pues se comía cualquier cosa.

Alfredo de Musset ha hablado de una cena en casa de Mlle. Rachel; los almuerzos de Mlle. Esther eran de la misma especie.

He aquí el menú completamente napoleónico que esperaba al hijo de Napoleón I.

Salchichón al ajo de Tolou.
Tortilla de jamón de Mayenza.
Embuchados á la Bonaparte.
Pollo á la Marengo.
Bomba helada á la Moscowa.

Si hubiera tomado parte en el *ménu* una buena cocinera, hubiera habido sin duda algo para almorzar; pero de aquella lista, en la cual aparecía Esther imperialista acérrima, había que rebajar el pollo, que había dirigido su vuelo hacia Marengo, y la bomba helada, que se había fundido en las nieves de la Moscowa, quedando tan solo el salchichón, la tortilla y el embuchado.

Pero esto le importaba poco al Conde Napoleowski, que no era un glotón, sino un enamorado.

Esther empezó por quererle confesar; vió que no tenía reparo en confesarle que tenía capricho por una mujer del gran mundo, y no dudó un momento que aquella mujer fuera la marquesa de Ravigny.

—¿En dónde ha estado V. con esa bella dama?—le preguntó ella.

—No sé nada más,—respondió el Conde.

Y añadió después de un momento:

—Quizás V. me lo pueda decir.

Y le alargó un pequeño billete, sin armas, corona ni cifra, en donde se leían las siguientes

palabras, escritas con patas de mosca. Aún no se había introducido en la escritura la moda de los grandes palotes estilo Luís XIV.

«*Conoce V. mi divisa, «mañana.» Ahora bien: no ignora V. que «mañana» pertenece á Dios. No venga V. hoy.»*

—He aquí el enigma (dijo el Conde). Adivine V.

—La esfinge diría probablemente que era una cita para pasado mañana.

—Eso mismo he pensado, y le he escrito anunciando mi visita para ese día.

—¿Á qué hora, señor Tenorio?

—¡Pardiez! Á la hora que no recibe á nadie. Esther saltó en su asiento, por decirlo así, y exclamó:

—¡No irá V.!

—¿Prefiere V. que venga aquí?

—Quizás.

El Conde, que estaba muypreciado de sí mismo, no dudó un momento de que Esther se hubiera enamorado de él.

Aparte de todo, era una conquista que valía tanto como la otra; además, ¿no tenía tiempo de sobra para volver á encontrar á la Marquesa?

Estaba colocado enfrente de Esther; se levantó, y fué á sentarse á su lado.

—Esa mesa nos tenía colocados en polos opuestos.

—Sí (dijo Esther); el uno en el hielo y el otro en el fuego.

—Yo soy el que está en el fuego.

—Pues bien, siga V. en él. Ahora tengo que añadir á lo dicho, que no quiero que vuelva V. á casa de la marquesa de Ravigny, porque sé perfectamente que es ella la que ha escrito á V. He conocido su letra.

El Conde creyó de buena fe aquella mentira.

—Tengo mucho gusto, mi querido amigo, en que me haga V. la corte; quién sabe lo que puede suceder; pero V. es leal; su nombre le obliga. Júreme V. que abandonará toda idea de conquista respecto de la marquesa de Ravigny.

El Conde juró por todos los dioses que no conocía más que una sola mujer adorable, y esa era Esther.

Ésta le respondió que el juramento no bastaba. Tiró de la campanilla. Le llevaron una escribanía y papel. Tomó una pluma, y se la presentó al Conde. El joven conocía los autores: escribió las mismas palabras que estampó Sofía Arnould, bajo la firma en blanco de un célebre contratista general:

Juro amarte toda la vida.

Aún se recuerda la historia: Sofía Arnould podía haber puesto: *Vale por cien mil fran-*

cos; pero como era una buena muchacha, y el contratista general había perdido las tres cuartas partes de su fortuna, le hizo presentar de aquel modo su carta-orden. El buen hombre no tenía más que lágrimas, y las derramó sobre aquella conmovedora expresión de un amor perdido.

—Está bien (dijo Esther); todavía no hemos llegado al tú por tú; pero puesto que á casa de V. concurre buena sociedad, si me convida V. esta noche á comer, aceptaré su convite.

XIV.

Pero antes de ir á comer á casa del Conde, escribió Esther la siguiente carta á M. de Ravigny:

«Mi querido amigo: Advierto á V. que corre gran peligro de representar Sganarello, si no regresa V. á París; afortunadamente para V., siempre le quiero bien, y he procurado apagar el incendio. Hay aquí un hombre que V. conoce, el cual vuelve locas á todas las mujeres; es una epidemia, es un volcán; no dudo que su mujer de V. será capaz de resistir hasta al mismo conde de Orsay; pero como es preciso que no se dude ni un momento de la esposa de M. de Ravigny, creo necesario que venga V. en seguida. Si no está V. aquí antes de un mes ó la hace V. partir para esa en el primer paquebot, no respondo de nada.... á menos que no me sacrifique yo por salvar á su esposa, que sería lo mismo que salvar el honor de V.... ¿Comprende V.?»

»ESTHER.»